

raíces. Así, naturalísimo era que se tornase raquítrico, que diese frutos insípidos, que no produjese reconfortante sombra, que no invitase á los pueblos á levantar su tienda bajo de él.

**11. En lo referente á la manera de comprender al hombre de sobrenatural manera.**—Para llenar todas esas lagunas, y, cosa todavía más importante, para hacer circular por doquiera nueva vida sobrenatural, requiérese todavía mucho trabajo, y trabajo formal.

Pero las lagunas más considerables son las que dicen relación á un tercer punto, á la concepción sobrenatural de la misión y del destino del hombre, sin la influencia de la gracia. Aquí necesítase una transformación completa de nuestra manera de ver.

Injusto fuera negar que, también en este dominio, comenzó á mostrarse nueva tendencia. El hermoso libro del P. Nieremberg, <sup>(1)</sup> retocado por Scheeben valiente campeón de lo sobrenatural, es verdadero puesto avanzado para explorar las regiones superiores de la vida de la gracia. El éxito alcanzado por él demuestra cuál era la necesidad que el corazón cristiano tenía de aprender á conocer hasta en sus últimas profundidades ese mundo hasta entonces para él escondido.

Mas todavía no se hizo bastante para recoger las aguas de esta fuente vuelta á encontrar, y para transmitir las á todo el mundo. Los teólogos y los predicadores, del propio modo que los ascetas y los directores espirituales, deberían hacer comunes esfuerzos, combinados según metódico plan para que esas verdades, y las de que hemos tratado antes, sean bien común del espíritu cristiano.

Hasta ahora, ellos son precisamente quienes se hallan con frecuencia más dispuestos á concebir las vigorosas expresiones con que la Sagrada Escritura y los Padres descri-

(1) Hemos indicado en la 7.<sup>a</sup> edición de dicha obra, arreglada por nosotros, la bibliografía más importante teológica, ascética y mística, y de aquí que la indiquemos en cada cuestión. V. también Schram, *Theol. myst.*, § 3. Poulain, *Grâces d'oraison* (4), 387, 404.

ben el estado de gracia, como alegorías vacías de sentido, hasta como exageraciones piadosas más perjudiciales que útiles, que deben repetirse con toda reserva y atenuar en la medida de las propias fuerzas.

Pero los santos que han poseído verdaderamente el espíritu de Dios, y su gracia, en la medida más completa, han entendido esas palabras literalmente, y tan sólo do-liéronse de una cosa, de que el espíritu humano fuese sobrado débil para entenderlas en toda su extensión, y que la lengua fuese sobrado pobre para mejor expresar las ideas que contienen.

Según ellos, debe tomarse literalmente lo que la Revelación dice del hombre en estado de gracia: «hijo de Dios, <sup>(1)</sup> templo de Dios, <sup>(2)</sup> mansión del Espíritu Santo», <sup>(3)</sup> y cuando llama á la posesión de la gracia, «participación de la naturaleza divina». <sup>(4)</sup> Ya el Apóstol declara expresamente que no se trata aquí de meras palabras, sino de la pura realidad. <sup>(5)</sup> Y los Padres, de igual suerte que los teólogos, rivalizan en sus esfuerzos <sup>(6)</sup> para inculcar en el corazón de los cristianos toda la importancia de esta verdad, tan rica en consecuencias para la vida sobrenatural. <sup>(7)</sup>

Así, pues, cuando el Salvador dice que, por la gracia, viene él mismo á nuestro interior con el Padre y el Espíritu Santo, y establece de manera estable su morada en nuestro corazón, <sup>(8)</sup> no debe entenderse eso en sentido figurado solamente, ni como si la Divinidad obrase en nuestro corazón por medio de sus dones, sino que Dios mismo, no contento con otorgarnos sus dones, entra de ma-

(1) Ioan., I, 12; Rom., VIII, 14.—(2) I Cor., III, 16.

(3) Rom., VIII, 9.

(4) II Petr., I, 4.

(5) I Ioan., III, 1.

(6) Thomas, 1, 2, q. 110, a. 3, 4; q. 112, a. 1. Cornel. a Lap., *In 2 Petr.*, 1, 4. Ioan. a S. Thoma., *De gratia*, d. 22, a. 1. Scheeben, *Dogmatik*, I, 891 y sig.; II, 340 y sig.

(7) Alvarez a Paz, t. III, l. 2, p. 1, c. 10; l. 5, p. 1, app. 2, c. 9; Ponte, *Dux*, 1, 7; Blossius, *Instit. spirit.*, 3 y sig.; Ligorio, *Vollk.Christ.* (Regensburg, 1870, 333 y sig.).

(8) Ioan., XIV, 23.

nera sobrenatural enteramente particular en nuestro corazón, y en él habita. <sup>(1)</sup>

Esta verdad de fe, como notan los antiguos teólogos <sup>(2)</sup> y los intérpretes de la Escritura, debe de tal manera tomarse en serio, que necesario es afirmar sin temor de equivocarse que aun en caso que Dios pudiera dejar de hallarse en nosotros por su omnipresencia, hallaríase, sin embargo, presente en el alma del justo y del santo en virtud de su presencia por la gracia. <sup>(3)</sup>

En esto, vemos perfectamente bien qué desproporción se da entre nuestra manera de ver y la de los santos.

Antes de ahora, las jóvenes y los niños hallábanse tan convencidos de la presencia constante de Dios en su corazón, que, para ellos, era cosa enteramente natural, como se ve en las vidas de santa Lucía, de Santa Inés, de Santa Agata. Actualmente, apenas si, entre los teólogos, hay todavía algunos que sin dificultad comprendan eso. Cuando leemos estas palabras del Apóstol, que «Jesucristo es nuestra cabeza, que cada cual de nosotros es un miembro de su cuerpo», <sup>(4)</sup> figurámonos una maravilla, si exclamamos: «¡Qué bella imagen!» Mas para los siervos de Dios en los tiempos pasados, era esto la más completa verdad, creída por ellos, no tan sólo con su fría inteligencia, sino con su encendido corazón.

Sentían la gracia y su eficacia de manera tan viva en ellos, que su alma parecíanse transfigurada, como el cuerpo y los vestidos de Jesucristo en la montaña. Todos sus miembros estremecíanse de emoción interior en presencia de su Dios, <sup>(5)</sup> y sentían en sí las pulsaciones del corazón de su Salvador. <sup>(6)</sup> Estaban de tal suerte unidos á Jesu-

(1) Thomas, 1, q. 43, a. 3 ad 1. Bonavent. 1, d. 14, a. 2, q. 1.

(2) Bañes, 1, q. 43, a. 1, Suarez, Trinit., 12, 5.

(3) Cornel. a Lapide, *In Oseam*, 1, 11; Gonet, *Clypeus, de trin.*, d. 13, n. 33; Pesch, *Prael. dogm.*, (2), II, 340 y sig. Terrien, (2), I, 216-269. Meynard, (3), I, 304 y sig., 474 y sig. Scheeben-Weiss, *Die Herrlichkeiten der göttlichen Gnade*, (7), 131 y sig., 145 y sig.

(4) I Cor., VI, 15. Eph., IV, 15. Col., I, 18.

(5) Gertrudis, *Legatus divince pietatis*, 3, 12.

(6) Mechtildis, *Liber specialis gratiae*, 1, 5; 2, 20. Gertrudis, 1, 3; 3, 51; 4, 4.

cristo, que el pecado, el gran destructor de esa unión, parecíanse un acto que arrancaba un miembro al Salvador. <sup>(1)</sup> Toda injusticia y toda violencia cometida contra un fiel, era á sus ojos un crimen cometido contra el mismo Jesucristo. Pues, estando su cabeza en el cielo, sus miembros hallábanse todavía sobre la tierra. Así, pues, cuando uno de estos vese atacado, es como si con dañada intención se le pisase, ó si se hiriesen sus manos. <sup>(2)</sup> Y, á quienquiera que dañe á uno de los suyos, repítele las palabras que antes había dicho á San Pablo: «¿Por qué me persigues?» <sup>(3)</sup>

Tales eran las ideas que produjeron en los antiguos la formalidad de la vida, la ternura del corazón, la delicadeza del arte, el vuelo poderoso de la inteligencia. Lo que con tal encanto vemos, sin comprenderlo, en Fra Angélico, en los artistas y en los místicos de la Alemania de antaño, no es más que la consecuencia de esa consagración viva de la dignidad sobrenatural otorgada al hombre por la gracia divina.

Un hermoso poema de la Edad Media, que apareció en el convento de dominicas de Nuremberg, muéstranos á Dios tratando de animar al alma hacia una vida más elevada, más perfecta. No la violenta, sino que la instruye, la ruega, la exhorta con dulzura y caridad. Dirígele siempre la palabra, sirviéndose de esta expresión: «Señora alma». Jamás la tutea, hasta que ella se da á Él por entero, de irrevocable manera. Y aun entonces, dale todavía los títulos honoríficos de señora, de bien amada, de esposa. <sup>(4)</sup> Ella, por el contrario, tutéale siempre.

Esto parece muy sencillo, y casi nos hace sonreír. Es, no obstante, una prueba de la manera como aquella época entendía literalmente las palabras de la Escritura: «¡Oh Señor! nos gobernáis con gran reserva, pues que seréis li-

(1) Baptista de Varanis, *De mentalibus doloribus Christi*, 1, 4 (Bolland. Mai. VII, 489, Paris).

(2) Augustin., *Sermo* 116, 7; 122, 6; 169, 9; 295, 6, etc.

(3) Act. Ap., IX, 4.

(4) *Der Minne Spiegel*. Bartsch, *Erlösung*, 242 y sig.

bre siempre de usar de vuestro poder cuando os plazca». (1)

Mas nosotros, para quienes todo eso ha desaparecido, pasamos la vida sin prestar atención á nuestra dignidad sobrenatural, sin temer al pecado, sin saber apreciar la gracia en su justo valor. Vemos en ella tan sólo una especie de poder violento que de vez en cuando nos da rudo golpe en el costado ó en la cabeza. La consecuencia necesaria de tal manera de ver es la indiferencia que sentimos respecto de nuestra alma, esa vida enteramente descuidada á salir del día, como si se tratase de vida sin importancia.

Sí, no es dado negarlo, nuestra vida no tiene más que un valor muy restringido y hácese muy corriente, si perdemos de vista esas verdades únicas que la ponen sobre la vulgaridad, y únicas que pueden levantarla hasta el mismo Dios. Pues que, si la fe en la gracia sobrenatural no nos levanta, hallamos desgraciadamente en nuestra naturaleza muchísimas cosas capaces de rebajarnos á nuestros propios ojos.

**12. Grito de guerra y fórmula de unión para la guerra santa.**—Las necesidades de los tiempos invítanos vivamente á proponernos con formalidad esta cuestión: ¿De dónde procede nuestra debilidad, que para nosotros es una vergüenza y para la humanidad entera un rebajamiento? ¿Antes de ahora, en las épocas de fe, niños, insensatos á los ojos del mundo, vencieron á todos los poderes, conquistaron para Dios la tierra, hiciéronse santos, ganaron el cielo por asalto! Y nosotros ¿no seríamos capaces de hacer otro tanto? Ante tal cosa, ¿no debemos decir con San Agustín: «¿Qué hacemos? ¿No vemos á los ignorantes que se levantan y ganan por asalto el cielo, mientras nosotros, con nuestro saber, nos encenagamos en la carne y en la sangre? ¿Es vergonzoso el seguirlos? ¿No tenemos más bien vergüenza de no seguir sus huellas?» (2)

¿Pero de qué sirven la confusión y los suspiros, si nos

(1) Sap., XII, 18 y sig.

(2) (Agustín., *Conf.*, VIII, 8, 19). Passional Köpke, 422, 19 y sig.

quedamos así? Necesario es, pues, de absoluta manera, que se traduzcan en actos los buenos movimientos de que nos sentimos penetrados. Si los pequeños y los más pequeños han vencido al mundo, si alcanzaron por asalto el reino de Dios, y llegaron á la más alta perfección, nosotros también lo podemos, no hay duda.

La única cuestión está en saber cómo y por qué medios ejecutaron tan grandes cosas. El Apóstol nos da la respuesta tocante á eso: «Por medio de la fe. Merced á ella, siendo débiles, hiciéronse héroes; merced á ella, hiciéronse invencibles en las luchas que tuvieron que sostener; merced á ella, triunfaron de todos los ejércitos enemigos». (1)

He ahí la clave de la historia de los pueblos cristianos; poca fe, pocas fuerzas; gran fe, grandes energías.

Es ya tiempo de que nos aprovechemos de tales ejemplos. Así, pues, ¡en pie! Vayamos primeramente al combate, y después á la victoria, «Quien tiene fe todo lo puede». (2) Así habla la misma Eterna Verdad. La victoria que triunfa del mundo, es nuestra fe. (3)

¿Hay algo que la fe viva, sobrenatural, no pueda lograr? «Abre camino en donde nadie lo encontró; penetra en donde nadie penetró; abre lo que estaba cerrado; abraza lo que se halla situado fuera de ella». (4)

¡Fe! ¡Fe viva! ¡Fe sobrenatural! Tales son las palabras que deben hacerse nuestra voz de reclutamiento, las palabras que deben incesantemente dejarse oír en nuestra cruzada santa. Tal es la voz de orden por la cual deben conocerse todos los que deseen sinceramente la renovación de la antigua fuerza del Cristianismo, el triunfo de la causa de Dios.

Mas como la fe es también una gracia, imitemos el ejemplo del Apóstol: «Doblemos las rodillas ante el Padre de quien trae su nombre toda familia en los cielos y en la

(1) Hebr., XI, 33, 34.

(2) Marc., IX, 22.

(3) I Ioan., V, 4.

(4) Bernard., *Cant. cant.*, 76, 6.

tierra, para que nos dé la riqueza de su gloria, el ser vigorosamente fortalecidos por su Espíritu, para perfeccionamiento del hombre interior, y que Jesucristo habite en nuestros corazones por la fe, para que, arraigados y fundados en la caridad, podamos comprender con todos los santos, cuál sea la latitud y la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor del Cristo, que sobrepuja á todo conocimiento, de suerte que seamos llenos de toda la plenitud de Dios». <sup>(1)</sup>

He ahí la primera tarea que incumbe á la época, he ahí lo que contribuirá al rejuvenecimiento de la Iglesia, he ahí lo que nos llevará á la salvación.

(1) Eph., III, 14 y sig.

## APÉNDICE II

### EL ESPÍRITU SANTO COMO CENTRO DEL PENSAMIENTO Y DE LA VIDA SOBRENATURALES

1. **El renuevo de la Iglesia es consoladora prueba de la acción del Espíritu Santo.**—Hace unos treinta años que un libro capaz de hacer revivir la persona y la acción del Espíritu Santo en la conciencia y en el aprecio del pueblo cristiano, parecíanos una de las necesidades más apremiantes de la época. Tal obra brotó de la pluma del incansable Monseñor Gaume. Sin embargo, no era del todo á propósito para hacer popular y universal la devoción al Espíritu Santo, porque, de una parte, era sobrado devota, y, de otra, trataba demasiadas cosas extrañas al asunto.

Habíamos nosotros mismos prometido al Espíritu Santo escribir un librito de esa clase, cuando las circunstancias nos lo permitiesen. Mas en el ínterin, escogióse él mejores instrumentos, que le hicieron conocer á los hombres y han despertado en ellos el amor y el respeto hacia él. Casi al propio tiempo, en Francia, en Inglaterra y en Alemania, las hermosas obras del cardenal Manning, de Coulin, de Zardetti, de Deutz, de Meschler, venían perfectamente á llenar esta sensible laguna. <sup>(1)</sup> Cuanto al presente podemos desear, es que el impulso dado produzca sus resultados tan largamente como sea posible, por donde quiera que un corazón cristiano aspire al verdadero servicio de Dios y á la perfección. Pues la vida sobrenatural no

(1) Especialmente Froget, *L'habitation de S. Esprit dans les âmes justes*.